

El Gigante Egoísta (Oscar Wilde)

Todas las tardes, a la salida de la escuela, los niños se habían acostumbrado a ir a jugar al jardín del gigante. Era un jardín grande y hermoso, cubierto de verde y suave césped. Dispersas sobre la hierba brillaban bellas flores como estrellas, y había una docena de melocotones que, en primavera, se cubrían de delicadas flores rosadas, y en otoño daban sabroso fruto.

Los pájaros se posaban en los árboles y cantaban tan deliciosamente que los niños interrumpían sus juegos para escucharlos.

Se gritaban unos a otros:

-¡Qué bien nos lo pasamos aquí!-

Un día el gigante regresó. Había ido a visitar a su amigo, el ogro de Cornualles, y permaneció con él durante siete años. Transcurridos los siete años decidió volver a su castillo. Al llegar vio a los niños jugando en el jardín, les gritó con voz agria:

-¿Qué estáis haciendo aquí?-

Y los niños salieron corriendo y el gigante seguía gritando:

-¡Este jardín es mío y sólo YO puedo estar en él!

Entonces construyó un alto muro alrededor y puso este cartel:
PROHIBIDO EL PASO

Era un gigante muy egoísta.

Los pobres niños no tenían ahora donde jugar. Solían dar vueltas alrededor del muro y comentaban:

-¿Os acordáis de lo bien que nos lo pasábamos en el jardín?-

Entonces llegó la primavera y todo el país se llenó de flores y pajarillos. Sólo en el jardín del gigante egoísta continuaba el invierno.

Los pájaros no querían cantar en él desde que no había niños, y los árboles se olvidaron de florecer. Sólo una bonita flor levantó su cabeza entre el césped, pero cuando vio el cartel se entristeció tanto, pensando en los niños, que se dejó caer otra vez en tierra y se echó a dormir.

Los únicos complacidos eran la Nieve y el Hielo que gritaban:

-La primavera se ha olvidado de este jardín-. -Podremos vivir aquí durante todo el año-.

La Nieve cubrió todo el césped con su manto blanco y el Hielo pintó de plata todos los árboles. Entonces invitaron al viento del Norte a pasar una temporada con ellos, y el Viento aceptó. Aullaba todo el día por el jardín, derribando los capuchones de la chimeneas y decía:

-Este es un sitio delicioso-. -Tendremos que invitar al Granizo a visitarnos.

Y llegó el Granizo. Cada día durante tres horas tocaba el tambor sobre el tejado del castillo, hasta que rompió la mayoría de las pizarras y entonces se puso a dar vueltas alrededor del jardín corriendo lo más veloz que pudo. Vestía de gris y su aliento era como el hielo.

Mientras, el gigante egoísta al asomarse a la ventana y ver su jardín blanco y frío decía:

-¡No puedo comprender cómo la primavera tarda tanto en llegar!-. - ¡Espero que cambie pronto este tiempo!

Pero la primavera no llegó, y el verano tampoco. El otoño dio dorados frutos a todos los jardines, pero al jardín del gigante no le dio ninguno.

Así pues, siempre era invierno en casa del gigante, y el Viento del Norte, el Hielo, el Granizo y la Nieve danzaban entre los árboles.

Una mañana el gigante yacía despierto en su cama, cuando oyó una música deliciosa. Sonaba tan dulcemente en sus oídos que creyó sería el rey de los músicos que pasaba por allí. En realidad solo era un jilguerillo que cantaba ante su ventana, pero hacía tanto tiempo que no oía cantar un pájaro en su jardín, que le pareció la música más bella del mundo. Entonces el Granizo dejó de bailar sobre su cabeza, el Viento del Norte dejó de rugir, y un delicado perfume llegó hasta él, a través de la ventana abierta y el gigante

exclamó:

-¡Creo que, por fin, ha llegado la primavera!-

Saltando de la cama miró el exterior, ¿y qué es lo que vio?

Vio un espectáculo maravilloso. Por una brecha abierta en el muro los niños habían penetrado en el jardín, habían subido a los árboles y estaban sentados en sus ramas. En todos los árboles que estaban al alcance de su vista, había un niño. Y los árboles se sentían tan dichosos de volver a tener consigo a los niños, que se habían cubierto de flores y agitaban suavemente sus brazos sobre las cabezas de los pequeños.

Los pájaros revoloteaban y parloteaban con deleite, y las flores reían irguiendo sus cabezas sobre el césped. Era una escena encantadora. Sólo en un rincón continuaba siendo invierno. Era el rincón más apartado del jardín, y allí se encontraba un niño muy pequeño; tan pequeño, que no podía alcanzar las ramas del árbol, y daba vueltas a su alrededor llorando amargamente. El pobre árbol seguía aún cubierto de hielo y nieve, y el Viento del Norte soplaba y rugía en torno a él. El árbol le tendía sus ramas tan bajo como podía diciéndole:

-¡Sube, pequeño!-

pero el niño era demasiado pequeño.

El corazón del gigante se enterneció al contemplar este espectáculo y pensó:

-¡Qué egoísta he sido! Ahora comprendo por qué la primavera no ha venido hasta aquí. Voy a colocar al pobre pequeño sobre la copa del árbol, derribaré el muro y mi jardín será el parque de recreo de los niños para siempre.

El gigante estaba verdaderamente apenado por lo que había hecho.

Se precipitó escaleras abajo, abrió la puerta principal con toda suavidad y salió al jardín.

Pero los niños quedaron tan asustados cuando lo vieron, que huyeron corriendo, y en el jardín volvió a ser invierno.

Sólo el niño pequeño no corrió, pues sus ojos estaban tan llenos de lágrimas, que no vio acercarse al gigante. Y el gigante se deslizó por su espalda, lo cogió cariñosamente en su

mano y lo colocó sobre el árbol. El árbol floreció inmediatamente, los pájaros fueron a cantar en él, y el niño extendió sus bracitos, rodeó con ellos el cuello del gigante y le besó.

Cuando los otros niños vieron que el gigante ya no era malo, volvieron corriendo y la primavera volvió con ellos.

El gigante, cogiendo una gran hacha derribó el muro y dijo:

-Desde ahora, este es vuestro jardín, queridos niños-

Cuando pasaba la gente, veían al gigante jugando con los niños en el más hermoso de los jardines que jamás habían contemplado.

Durante todo el día estuvieron jugando y al atardecer se despidieron del gigante. El les preguntó:

-Pero, ¿dónde está vuestro pequeño compañero, el niño que subí al árbol?-

El gigante era a éste al que más quería, porque lo había besado.

Los niños respondieron:

-No sabemos, se ha marchado.

Y él les dijo:

-Acordaos de decirle que venga mañana sin falta-

Pero los niños dijeron que no sabían donde vivía y nunca antes lo habían visto. El gigante se quedó muy triste.

Todas las tardes, cuando terminaba la escuela, los niños iban y jugaban con el gigante. Pero al niño pequeño, que tanto quería el gigante, no se le volvió a ver. El gigante era muy bondadoso con todos los niños pero echaba de menos a su primer amiguito y a menudo hablaba de él. Solía decir

-¡Cuánto me gustaría verlo!-

Los años transcurrieron y el gigante envejeció mucho y cada vez estaba más débil. Ya no podía tomar parte en los juegos; sentado en un gran sillón veía jugar a los niños y admiraba su jardín:

-Tengo muchas flores hermosas-, pero los niños son las flores más bellas.

Una mañana invernal miró por la ventana, mientras se estaba vistiendo. Ya no detestaba el invierno, pues sabía que no es sino la primavera adormecida y el reposo de las flores.

De pronto se frotó los ojos atónito y miró y remiró. Verdaderamente era una visión maravillosa. En el más alejado rincón del jardín había un árbol completamente cubierto de hermosas flores blancas. Sus ramas eran doradas, frutos de plata colgaban de ellas y debajo, de pie, estaba el pequeño al que tanto quiso.

El gigante corrió escaleras abajo con gran alegría y salió al jardín. Corrió por el césped y llegó cerca del niño. Cuando estuvo junto a él vio en las palmas de sus manos las señales de dos clavos y las mismas señales en los piecitos. Entonces su cara enrojció de cólera y exclamó:

- ¿Quién se atrevió a herirte? -Dímelo para que pueda coger mi espada y matarle.

El niño replicó:

-No lo harás, pues éstas son las heridas del amor.

Un extraño sentimiento invadió al gigante haciéndole caer de rodillas ante el pequeño diciendo:

-¿Quién eres?-

Y el niño sonrió al gigante y le dijo:

-Una vez me dejaste jugar en tu jardín, hoy vendrás conmigo a mi jardín, que es el Paraíso.

Y cuando llegaron los niños aquella tarde, encontraron al gigante tendido, muerto, bajo el árbol, todo cubierto de flores blancas.